

LOS BIENAVENTURADOS (Parte 5) Mateo 5:1-12

Continuamos con la interesante serie de las bienaventuranzas del Señor Jesucristo en el Sermón del Monte. Este es el quinto y último mensaje de la serie que describe el carácter del Señor Jesucristo en la vida de los creyentes. Es el carácter que hace la diferencia en el mundo cuando los creyentes responden a las diferentes circunstancias que enfrentan día a día de la manera en que Cristo lo haría y que Él espera de nosotros.

Hasta ahora hemos visto las primeras seis bienaventuranzas del Señor Jesús. La primera bienaventuranza es para los pobres de espíritu (v.3). Estos son los que reconocen su gran necesidad del Señor, los que dejan a un lado el orgullo y reconocen su dependencia en Dios.

La segunda bienaventuranza es para los que lloran (v.4), es decir, para aquellos que sienten un profundo pesar por su condición personal de pecado, por la situación de pecado en el mundo, por el hambre, la enfermedad, el dolor y la miseria y quieren hacer la diferencia.

La tercera bienaventuranza es para los mansos (v.5). Estos son los que no responden con violencia a la violencia, con insulto al insulto; no se dejan llevar por las provocaciones ni devuelven mal por mal, sino bien por mal.

La cuarta bienaventuranza es para los que tienen hambre y sed de justicia (v.6). Estos son los que se oponen terminantemente a cualquier tipo de injusticia en el mundo y no participan de ella. Pero no sólo se oponen sino que, por el contrario, practican la justicia y ya hemos aprendido que esto significa *hacer lo que es correcto*, por supuesto, lo correcto delante de Dios. Esta es la manera en que hacen la diferencia en un mundo injusto..

La quinta bienaventuranza es para los misericordiosos (v.7). Misericordia significa dar el corazón al necesitado. No es un simple sentimiento o emoción; la misericordia es práctica como lo vimos en el ejemplo del buen samaritano. La misericordia es tan importante en el plan

de Dios que es un mandato practicarla (Lc. 6:36) y hay graves consecuencias para quien no la practique (Stg. 2:13).

La sexta bienaventuranza es para los de limpio corazón (v.8). La limpieza tiene que ver con la pureza. Las acciones de esta persona son puras y nobles, sus sentimientos también lo son. No se aprovechan de las necesidades de los demás para manipularles, abusarles o sacar algún beneficio personal. Al contrario, reflejan el amor puro y limpio de nuestro Señor Jesucristo.

En el corazón se alojan las emociones y los sentimientos, pero en el pensamiento judío el corazón es la fuente del pensamiento. El Libro de proverbios dice: *“Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él...”* (Prov. 23:7). El Señor Jesús dijo que donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Mt. 6:21). Y también dijo que de la abundancia del corazón habla la boca (Mt. 12:34). E inmediatamente después dijo que: *“El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas”* (Mt. 12:35). Nuestras acciones son producto de nuestros pensamientos. Pensamientos sucios igual a acciones sucias. En un mundo sucio es difícil no caer; se necesita estar lleno de la presencia de Dios y tener la firme voluntad de escogerle a Él y hacer así la diferencia. Por eso la gran recompensa que ofrece el Señor Jesús.

Hoy veremos las últimas dos bienaventuranzas. Espero que nos sigan ayudando para reflejar el carácter de Cristo y para mostrar el amor de Dios en acción haciendo la diferencia en el mundo.

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”
(v.9).

Note el pensamiento lógico del Señor, es decir, como va hilando las cosas. Quiero decir que ningún creyente puede decir, *“yo soy de los que lloran, pero no soy manso”*. Cada bienaventuranza va ligada con las anteriores; no se puede dar una sin las otras. Por ejemplo, la anterior bienaventuranza fue para los de limpio corazón y esta es para los pacificadores. Santiago dice: *“Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía”* (Stg. 3:17). ¿Se da cuenta? En un solo versículo están todas las bienaventuranzas del Señor. Y Santiago dice que aquí está la sabiduría de Dios; sabiduría que está en el corazón del creyente en Cristo.

Los pacificadores son los que buscan siempre hacer la paz. Son bienaventurados porque muchas veces son los que reciben más golpes cuando se meten en medio de un conflicto. Promover la paz es una tarea que infortunadamente pocas veces es agradecida. De hecho, muchas veces es más reconocida en el mundo secular que aún dentro de la iglesia. Sin embargo, con todo esto, estamos llamados a ser pacificadores. El pacificador no busca huir de los problemas o conflictos, no busca esconderse o ignorarlos; el pacificador busca la unidad y la reconciliación. El pacificador no es pasivo, sino que es activo; hace o lleva la paz.

Lo contrario al pacificador es quien busca hacer conflictos o pleitos, quien busca hacer división y promueve la enemistad y hasta la venganza. La Biblia dice que Dios aborrece al que siembra discordia entre los hermanos (*Prov. 16:19*). Por el contrario, el Señor nos llama a hacer la paz como escribe el Apóstol Pablo: “*Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación*” (*Ro. 14:19*). Aquí vemos que la paz es necesaria para el crecimiento o la madurez espiritual y Santiago dice que el fruto de la paz es la justicia (*Stg. 3:18*), es decir, hacer lo que es justo, lo que es correcto delante de Dios.

¿Es posible hacer la paz? No siempre es posible, pero el pacificador siempre trabaja reflejando la paz de Jesucristo que está en él o ella (*Jn. 14:27*). La paz es la esencia del Evangelio del Señor (*Hch. 10:36 / Ef. 2:17*); aquí se le llama “*el Evangelio o las Buenas Nuevas de paz*”. Hemos visto que los de limpio corazón verán a Dios, pero Pablo dice que también los pacificadores lo harán (*Heb. 12:14*). Esta es otra prueba de que las bienaventuranzas van ligadas unas con otras. El pacificador sigue el ejemplo de su Señor Jesucristo quien es el Príncipe de paz (*Is. 9:6*).

Hoy en día hacen falta con mucha urgencia pacificadores en el mundo y hasta en la iglesia. Pero cuidado, el pacificador no es quien simplemente busca no meterse en problemas ni mucho menos busca ocasionarlos. El pacificador busca la paz de acuerdo a la voluntad de Dios y los principios Bíblicos, no de acuerdo a la conveniencia de las partes. Por esto está consciente de que por aplicar los principios que salen de la Palabra de Dios podría provocar que el conflicto pueda aumentar en lugar de disminuir, pero no debe detenerse por esto. ¿Parece contradictorio? No lo es. Uno no renuncia ni a su fe, ni a su identidad de cristiano para evitar meterse en problemas. De lo que se trata siempre es que el Nombre de Cristo sea glorificado. Cuando usted lleva el Evangelio está llevando la paz

de Dios a las personas (Ro. 5:1), pero algunos pueden reaccionar de manera violenta, y aquí es cuando usted responde con mansedumbre y muestra la misericordia de Dios.

En la paz no debe haber un solo vencedor, es decir, solo un lado ganador, por ejemplo, cuando se firma la paz después de un conflicto de guerra. En la paz todos ganan igual, por eso el Señor Jesús dijo que la paz que nos dejaba era diferente a la del mundo (Jn. 14:27). El Apóstol Pablo dijo que la paz de Dios sobrepasa todo entendimiento (Flp. 4:7). Y por eso la paz de Dios solamente la pueden entender los hijos de Dios.

Esta precisamente es la gran recompensa para los pacificadores: serán llamados hijos de Dios.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados sois cuando por Mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”. (vv.10-12).

Cuando habla de justicia se refiere a la justicia del hombre y se refiere a aquellos que son perseguidos por causa de su fe en Cristo (v.11). En aquellos tiempos los judíos consideraban traidores y blasfemos a quienes abrazaban su fe en Cristo. Estos eran rechazados por la familia, expulsados de sus casas, despedidos de sus trabajos y despreciados por todos. Por si fuera poco, después de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, los cristianos eran perseguidos por el Imperio Romano porque consideraban ilegal la nueva fe, y también serían perseguidos por los griegos por la “locura” de predicar a un Hombre-Dios. Ser cristiano en aquellos tiempos no era nada fácil y hoy en día todavía son perseguidos en muchos países en donde está prohibido profesar ser cristiano.

En aquellos tiempos, y en estos también, se les inventaba toda clase de mentiras para justificar la agresividad con que eran y son perseguidos y eran y son castigados. Los discípulos del Señor lo vivieron en carne propia. Todos los Apóstoles, con las excepciones de Judas el traidor que se suicidó y de Juan que murió anciano, fueron martirizados, es decir, fueron torturados y asesinados, incluyendo al Apóstol Pablo. Pedro escribió animando a los cristianos perseguidos de su época que padecían injustamente por causa de la justicia: *“Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo*

injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1P. 2:19-21). También les dijo: “Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1P. 3:14-15). Y más adelante dice: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (1P. 4:12-16).

El Señor Jesús les había advertido antes de su muerte que esto les pasaría (Jn. 15:20; 16:2). Aquí es donde se prueba la verdadera fe. Pero estos perseguidos tienen una gran recompensa de parte de Dios y por eso pueden estar felices: De ellos, de los que se mantuvieron firmes, fieles y obedientes, los que no negaron su fe sino que por el contrario, glorificaron el Nombre de Cristo con sus vidas, es el Reino de los Cielos. Este es la mejor y más grande recompensa que le espera al creyente fiel y obediente.

Conclusión.

Para mí ha sido un gran privilegio y una enorme bendición poder haber entendido y predicar acerca de cada una de las bienaventuranzas del Señor. Anhele realmente cumplir cada una de ellas y me han llenado de gozo, de paz y de esperanza saber lo que me espera al cumplir cada una de ellas.

Como dije anteriormente, no se trata de decir: “bueno, yo soy bueno en esta, pero no tengo la otra”. Si no se tiene una, no se tienen las otras, porque todas van ligadas, una va llevando a la otra. Todas describen el carácter del Señor; carácter que se forma en cada creyente. Si estamos fallando en alguna de ellas, en realidad estamos fallando en todas y es

tiempo de pedirle al Señor perdón pero también fortaleza y ánimo para cumplir cada una de ellas. La recompensa vale la pena.

Ser cristiano nunca ha sido nada fácil. No lo fue en los tiempos del Señor y no lo es en los tiempos modernos. Pero Él nos salvó para que hiciéramos la diferencia en el mundo, no para que nos comportáramos como el mundo o nos adaptáramos a él. Somos llamados a cambiar el mundo y lo cambiamos con nuestro comportamiento, con nuestras actitudes, nuestras acciones, cuando mostramos el amor de Dios en acción en las vidas de las personas.

Ser cristiano no es tener una religión o simplemente asistir a una iglesia para “cumplir”. Ser cristiano es seguir a Cristo, imitarle a Él, querer parecerse a Él, escuchar y obedecer su Palabra y proclamarla en todas partes, empezando con nuestros más cercanos (familia, familiares, vecinos, amigos, compañeros de trabajo o de escuela). En la medida en que estemos cerca del Señor lo vamos a lograr; vamos a lograr parecernos a Él y vamos a lograr cumplir su llamado y su propósito en nosotros.

¿Hasta dónde sería capaz de llegar para defender su fe y hacer la diferencia? En los Estados Unidos y en nuestros países hispanos no sufrimos persecución por causa de nuestra fe. Pero aun así a muchos les da vergüenza decir que son creyentes por temor a ser rechazados, por temor a la crítica y a la burla y entonces se comportan como los demás no creyentes. A Pedro le sucedió, ¿recuerdan? Fue cuando negó a Cristo tres veces. Marcos dice que, para mostrar que no era un creyente, para que no le hicieran daño, Pedro comenzó a maldecir (*Mc. 14:71*), es decir, comenzó a comportarse como uno de ellos. Afortunadamente Pedro se arrepintió y después lo vimos en el Libro de los Hechos defendiendo la fe en Cristo como los grandes valientes y en sus Cartas animando al pueblo a no darse por vencido en su fe en el Señor por causa de la persecución.

Por eso el llamado con el que comenzamos la serie: No seamos de la multitud que escuchó al Señor (v.1), pero que no hace nada. Seamos de los discípulos del Señor; los que escuchan y ponen por obra lo que han aprendido. Grandes recompensas hay por ellos porque como alguien dijo: *“Prefiero mantenerme con Cristo y ser juzgado por el mundo, que mantenerme con el mundo y ser juzgado por Dios”*. ¿Y usted? Todo lo que sembramos eso mismo cosecharemos. Amén... Vamos a orar...